La comunidad cristiana, imagen de la vida trinitaria[1]

La experiencia muestra que si se estimula la relación entre las personas inmediatamente aflora o se despierta nuestra vocación a vivir en comunidad, a relacionarnos con los demás. Cuándo pensamos en la vida en comunidad ¿cuál es nuestra experiencia de referencia? Sin duda la comunidad más plena es la que forman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta comunidad es el punto de referencia de todas nuestras comunidades.

Cada una de las personas de la Trinidad se encuentra unida con las otras por el amor. El Padre se muestra orgulloso de su Hijo. Cada vez que se escucha su voz en el Evangelio es para hablar de la felicidad, del gozo, que siente por Jesús (cf. Lc 3,21-22). El Padre no está centrado en sí mismo, sino que en su Hijo, Jesús. Lo mismo ocurre con el Hijo. Éste está centrado en su Padre, se goza en Él y lo único que intenta es hacer la voluntad de su Padre (cf. Mt 26,39-42). Jesús, el Hijo, nos dice, a su vez, que cuando venga el Espíritu Santo no va a hablar de sí mismo, sino del recuerdo del Hijo (cf. Jn 15,26-27; 16,13-15) y nos va a confirmar en nuestra relación familiar con el Padre al cual podemos llamar *Abba*, es decir, «Papá». Esta es una comunidad feliz porque no existe en ella el egoísmo.

La Biblia dice que el hombre y la mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 2,26-27). Por esto, la marca que tenemos de Dios, entre otras cosas, es esta dimensión comunitaria.

El Padre nos creó para vivir la comunicación con otros, para la vida en comunidad. Por esto, generalmente las mayores alegrías o experiencias hermosas que tenemos lo son de relaciones comunitarias. Y, por lo mismo, las experiencias más tristes son los rompimientos de esta vida de comunidad. Todo ello porque la marca más profunda de Dios en nosotros es la necesidad de una vida comunitaria. Podemos decir entonces que en el principio existía la comunidad (la Trinidad), vivimos en comunidad (nosotros) y

[1] Este artículo fue escrito hace algunos años por el P. Andrés Labbé, en ese entonces responsable del Equipo de Formación de la Vicaría de la Zona Sur de Santiago. Nosotros lo tenemos como base de este acápite.

volveremos a una comunidad. Por eso que cuando en la Sagrada Escritura se habla de eternidad se la expresa como un Banquete, es decir, como una reunión comunitaria.

Sin embargo, el pecado introdujo en la experiencia humana la división. Por eso el Padre envía a su Hijo, el cual trae un mensaje, un proyecto y forma una comunidad (cf. Mc 1,14-20; Lc 4,16-21). Jesús no quiere ser un predicador solitario, sino que llama a doce personas para formar una comunidad (cf. Mt 10,1-4: Los Doce Apóstoles). Jesús está tan acostumbrado a vivir en una comunidad con el Padre y el Espíritu Santo que cuando llega al mundo y comienza su misión, una de las primeras cosas que hace es formar una comunidad.

No fue fácil para Jesús formar esta comunidad. Se tuvo que enfrentar especialmente al problema del poder. Los discípulos piensan en un poder de tipo humano y se pelean por él. No son capaces de entender el hecho de que su maestro muera crucificado. Los discípulos de Emaús nos muestran claramente este hecho de no entender la muerte de Jesús y pensar que todo fue un fracaso y dicen "Nosotros esperábamos, creyendo que él era el que ha de libertar a Israel; pero..." (Lc 24,13-35).

Pero Jesús resucita y lo más importante para Él es reunir nuevamente a su comunidad (cf. Mt 28,5-10). Durante cuarenta días les fue entregando a los discípulos elementos que complementaban su formación para la misión que habían de cumplir. Pero, sólo cuando llega el Espíritu Santo se constituye la Iglesia como tal. Se comienzan a formar entonces comunidades. Primero en Jerusalén. Se les llama seguidores del Nazareno. Cuando ocurre una de las primeras persecuciones, por parte de los judíos, algunos cristianos huyen a la ciudad de Antioquía y forman allí una comunidad misionera. Es allí donde los llaman por primera vez "Cristianos" (cf. Hch 11,19-26). Desde allí salen Pablo, Bernabé y Marcos a misionar la región del Asia Menor y van formando más comunidades (cf. Hch 12,24-13,3). Es impensable el cristianismo sin comunidades. Las comunidades se extendieron por todo el imperio romano y luego por todo el mundo.